

Marcelino.

—¡Vete! hijo mío, y ruega a Dios nos la alivie—dijo el Tenedor de libros con voz triste y conmovido.

Carlos al volver al establecimiento, notó con sorpresa,—pues ya eran cerca de las diez de la noche—que Marcelino no se encontraba en la habitación. Iba a lanzarse de nuevo otra vez a la calle en busca de su amigo, cuando éste se presentó en la puerta de la habitación y alzando los brazos y retorciéndolo sus manos con desesperación exclamó:

Es inútil que trates de ocultarme lo que sucede: Sé que Elvira está enferma, acabo de oír una conversación, y desobedeciendo al mandato de su padre he tenido que ir a rondar el chalet. No he observado nada de anormal, nada que pudiera indicarme que había allí un enfermo de gravedad, no había ningún vehículo a la puerta, todo estaba tranquilo y el edificio presentaba su aspecto habitual; las mismas ventanas iluminadas como de costumbre. Con todo este aspecto tranquilo, sin embargo, escucho un grito que sale del fondo de mi ser y me dice: ¡Tu Elvira está muy enferma! ¡Tu Elvira se muere!

—Pues yo he sabido,—dijo Carlos, que Elvira estaba algo indispuesta. Fuí a dar una vuelta por allá con objeto de ver si podía ver a Gabriela; salía el señor Villarreal, a quien acompañé hasta su domicilio; pero él no me dijo nada respecto de la enferme-

dad de Elvira, solamente que Gabriela está haciéndole compañía, pues ya sabes tú que Elvira vive sola con su padre.

—Yo quiero verla; quiero verla inmediatamente, dijo Marcelino desesperado. Y la veré vive Dios!

## CAPITULO DECIMO QUINTO.

### LA ETERNA HISTORIA.

Nadie supo entónces lo que entre la señorita Elvira y su padre pasó, la noche que tuvo verificativo la conferencia con Marcelino, después de la cita, de donde fué arrancado bruscamente el pobre jóven para torturar su delicadeza con el meticuloso interrogatorio a que fué con tanta crueldad sometido por el señor X. A partir de ese momento, la escena de la entrada de la casa debía marcar una nueva etapa fatal en la existencia de la sensible y enamorada niña, que había de llevarla más tarde e inexorablemente hasta el sacrificio.

La servidumbre de la casa sólo pudo observar que padre e hija permanecieron encerrados en el gabinete del primero, hasta muy entrada la noche. Se escuchaban voces que luego denotaban el tono de una disputa y a veces el de un altercado. Se apagaban, se perdían por algún rato en el silencio de la espaciosa casa y en seguida se de-

jaban oír de nuevo ora confusas y vagas, ora fuertes y precisas, interrumpidas de cuando en cuando por pausas en que parecía escucharse rumor de sollozos y de llanto

Desde aquella noche la encantadora Elvira dejó de ser la alegría de la opulenta mansión. No se le vió salir por la mañana a visitar sus macetas y sus flores del jardín, que tanto amaba. En vano los canarios y zenzontles aguardaron al día siguiente el indefectible saludo cotidiano, al llevarles, como solía, su alimento de lechuga y alpiste.

La procesión de menesterosos a quienes ella hacía caridad, esperaron en vano, siendo al fin despedidos bruscamente por los criados.

El señor X., estuvo solo en la mesa y la señorita, aunque ordenó se le llevase el desayuno a la cama, nadie consiguió hacerla tomar ni un trago de café.

Más tarde se había presentado a visitarla su inseparable compañera la señorita Gabriela, permaneciendo juntas, casi todo el resto del día.

Esta íntima confidente suya fué la que más tarde, mucho tiempo después, reveló la última conversación que tuvo con ella su desventurada amiga.

El señor X., le hizo comprender que aun cuando ella no aceptase al señor Simpson como esposo, no por eso conseguiría nunca llegar a ser desposada con Marcelino, porque él estaba dispuesto a sacrificar todo, antes que permitir en el seno de su familia

a un hombre que no tenía ningunos títulos para ser acreedor a la mano de una rica heredera como Elvira. La llevaría a los Estados Unidos, la haría viajar por Europa, gastaría una buena parte de su cuantiosa fortuna hasta conseguir que de su pensamiento se borrara la imagen de aquel hombre.

Y para poner mejor en práctica sus proyectos había acudido primero a las súplicas, después a su autoridad y al fin a las amenazas.

Elvira, descubriendo a su asombrado padre una energía de carácter que éste nunca hubiera sospechado en ella, rehusó todas cuantas proposiciones le hiciera el autor de sus días, si el objetivo era separarla de su Marcelino.

Tambien su amor acudió a cuantos medios creyó eficaces para convencer a su padre, y en esta empresa fué subiendo tambien el diapason de sus aspiraciones. Primero rogó, suplicó, imploró, en seguida se mostró inflexible de su resolución, y por fin concluyó por asegurar que, estando en su derecho para elegir esposo, y no permitiéndosele unirse al elegido de su corazón, lo conseguiría de cualquier modo, aun a costa de un escándalo público, con tal de que obtuviera el resultado de casarse al fin con él.